

Desafiaron a los nazis para salvar su amor.
Una novela inspirada en una estremecedora historia real

La
ESPOSA
del
PRISIONERO



Maggie Brookes

Amparados por la oscuridad de la noche, una campesina checa y un soldado británico huyen de los nazis que los persiguen. Su amor es imposible, pero lucharán contra el destino para estar juntos.

Izabela conoció a Bill cuando este llegó a trabajar a la granja de su padre como prisionero de guerra de los alemanes. Con el paso de los días, lo que inició como atracción se convierte en un amor tan fuerte que deciden casarse en secreto y huir; sin embargo, la fortuna no los acompaña por mucho tiempo y terminan en las manos del enemigo.

Para poder enfrentar unidos los horrores del campo de concentración al que serán destinados, idean un extraordinario plan: con el pelo corto, Izabela se hace pasar por un soldado británico mudo. Si llegan a ser descubiertos se juegan algo más que la posibilidad de mantenerse juntos, pues no solo sus vidas quedarían comprometidas, sino también las de sus compañeros de prisión, quienes los han ayudado a guardar su increíble secreto. ¿Lograrán engañar a los nazis y mantenerse unidos hasta el final de la guerra?

Si te estremeció *El tatuador de Auschwitz* y *La bailarina de Auschwitz* te quitó el aliento, esta novela basada en hechos reales te encogerá el corazón.

Índice de contenido

Cubierta

La esposa del prisionero

Nota histórica

Prólogo

Primera parte

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

Segunda parte

11

12

13

14

15

16

Tercera parte

17

18

19

20

21

22

Cuarta parte

23

24

25

26

27

28

29

30

Epílogo

Nota de la autora

Bibliografía selecta

Agradecimientos

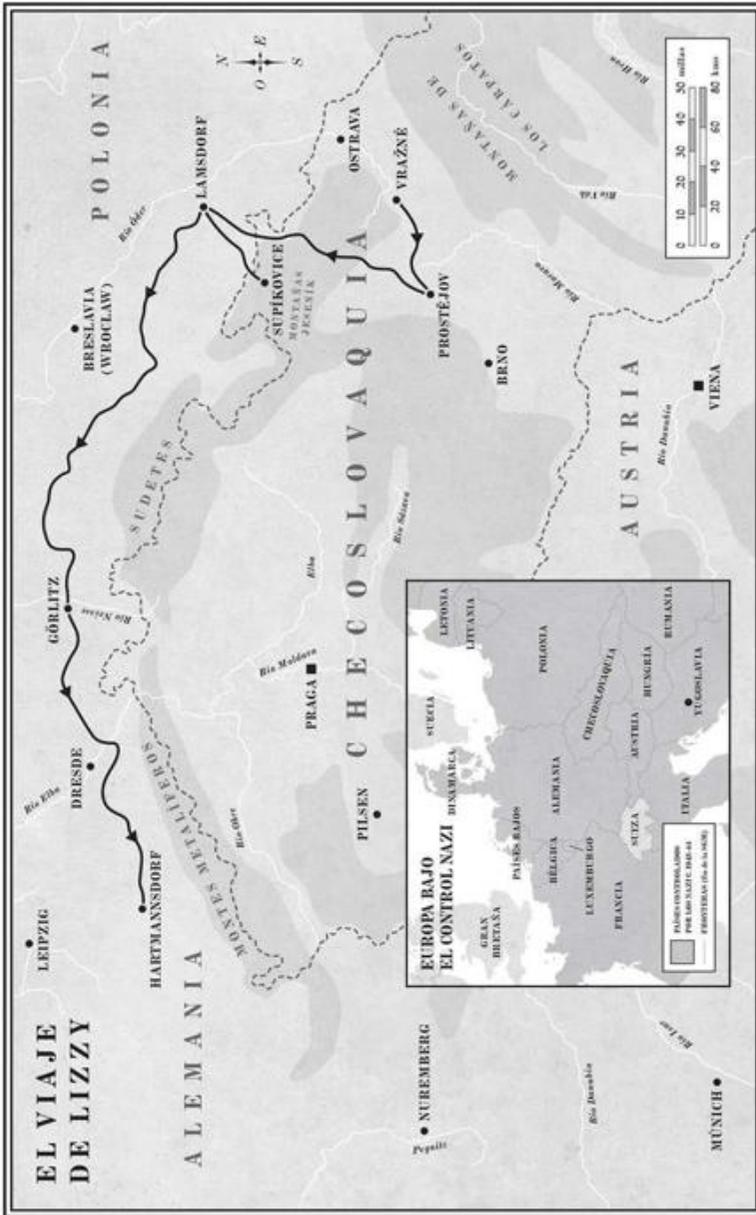
Sobre la autora

Notas

*En memoria de Alfred Arthur Brookes y de todos los
otros prisioneros de guerra, quienes soportaron tanto
con la esperanza de que nunca más se repitiera.
Y para Katie, Amy y Tim. Todo el amor.*

*Sucedió; por lo tanto, puede volver a suceder:
esta es la esencia de lo que tenemos que decir*

Primo Levi



Nota histórica

Esta increíble historia la relató el soldado de primera clase Sidney Reed, quien fue prisionero de los nazis durante la Segunda Guerra Mundial en Lamsdorf, en el campo para prisioneros de guerra Stalag VIII B-344, en Polonia, y en el campo de trabajo E166 de la cantera de Saubsdorf, en Checoslovaquia. Durante la guerra, Polonia y Checoslovaquia estuvieron bajo el control del Tercer Reich de Hitler.

Hacia 1944, cuando comienza esta historia, los nazis habían establecido grandes campos de concentración para prisioneros de guerra en los confines orientales de Checoslovaquia y Polonia, para mantener a los aliados capturados tan lejos de casa como fuera posible. Se estima que tenían casi doscientos mil prisioneros británicos. Los oficiales eran retenidos en los campos de concentración, pero la Convención de Ginebra de 1929 permitió que los rangos inferiores se desplegaran hacia los campos de trabajo, conocidos como *Arbeitskommandos*. Solo el campo de Lamsdorf podía contener a trece mil prisioneros británicos, pero también envió doce mil hombres a campos de trabajo para construir caminos, laborar en minas y fábricas, y trabajar la tierra.

Esta historia comienza en la región checa de Silesia, que había sido parte del Imperio Austrohúngaro hasta 1918. Muchos de quienes vivían ahí eran hablantes de la lengua alemana y agradecieron la anexión nazi de sus tierras. Sin embargo, en marzo de 1939 Hitler entró a Praga, declaró el resto de Checoslovaquia como protectorado

del Tercer Reich y el país entero empezó a vivir bajo el dominio nazi. Hacia 1944, la resistencia checa estaba fortaleciéndose.

Los nombres de muchos lugares han cambiado desde 1944. Esta novela utiliza una mezcla de los nombres modernos y los de la época de la guerra. Para más información al respecto, véase la nota de la autora.

Prólogo

Todo estaba quieto y en silencio, salvo por el suave sonido de nuestras botas mientras andábamos por la calle desierta. La luna desapareció detrás de una nube y aligeramos el paso, apenas capaces de distinguir el camino que teníamos delante.

Fue entonces cuando escuchamos a los perros. Solo uno ladró al inicio, llevándose consigo la tranquilidad de la noche. Nos tomamos de las manos y nos quedamos inmóviles por un momento.

Luego otro ladrido. Y otro. No sonaban amortiguados por las paredes de un edificio, sino que estaban afuera en la noche, como nosotros, en las calles.

Instintivamente, nos alejamos del sonido y los edificios fruncieron el ceño, acercándose. Mi corazón latía con fuerza y mi respiración se aceleraba. Caminamos más rápido. Los perros ladraban más cerca, haciendo eco en los edificios; tal vez había dos, tal vez tres. Volteamos para ver si había alguno a la vista, pero la oscuridad era absoluta. Estábamos muy conscientes del sonido de nuestras botas sobre el camino de adoquines.

Y luego hubo gritos detrás de nosotros: voces de hombres, emocionados por tener algo que hacer en el aburrimiento de las vigiliass nocturnas, alentando a los perros, hambrientos por cazar. Hacia donde fuera que diéramos la vuelta, los perros y los hombres se acercaban más y más, y nuestras botas hacían más ruido.

Se volvió una ciudad de sonidos: nuestra respiración, los golpes de nuestra propia sangre en nuestros oídos, el estrépito de nuestras botas en el camino, los perros ladrando, hombres corriendo y gritando, cerca, más cerca. Tal vez pudimos haber parado, tocado en alguna puerta y rogado que nos ayudaran, pero no lo hicimos. Avanzábamos más y más rápido, corriendo; Bill me arrastraba. Yo ya no tenía aliento para seguir, mi mochila de piel golpeaba contra mis piernas.

Por fin apareció una abertura en la terraza, un arco que llevaba hacia una arcada estrecha con oscuras tiendas a los lados. Hacia el final del callejón había un lugar aún más oscuro que parecía dar otro giro, pero era solo una ancha puerta con dos escalones; subimos y retrocedimos, hasta estar al mismo nivel.

Ahora, los perros estaban casi sobre nosotros, Bill me empujó hacia la entrada, me abrazó, me apretó con fuerza y susurró contra mi cabello: «Lo siento mucho». Luego me alejó para que no nos encontraran tocándonos. Cerré los ojos y esperé a sentir los colmillos de los perros, con la esperanza de que terminara rápido.

Pareció como si todo ocurriera al mismo tiempo: los perros, los hombres, una linterna sobre mi cara. Alcé un brazo para cubrirme los ojos y escuché el jadeo de los hombres, el volumen de sus voces. Mis dientes castañearon y tuve que apretarlos para detener el sonido. Las voces tras las luces se convirtieron en un grito en alemán del oficial superior.

—¡Arriba las manos! ¡Contra la pared!

Bajamos trastabillando los dos escalones. Bill fue hacia un lado de la puerta y yo hacia el otro. Levanté las manos y recargué la cara contra el muro para evitar caer, mientras sentía la aspereza del ladrillo contra mi mejilla.

Detrás de la pared, sentí a las personas que vivían ahí escurriéndose como ratones, escuchando con emoción y tal vez con lástima —¿quién podría saberlo?—. Me mordí

los labios, determinada a no llorar, a no dejar que terminara de esa manera.

PRIMERA PARTE

VRAŽNÉ, CHECOSLOVAQUIA OCUPADA
Junio a octubre de 1944

1

La guerra había arrasado Europa durante cinco años; como un gran tornado dispersaba familias y separaba a millones de personas de sus seres amados para siempre. Pero a veces, solo algunas veces, también las acercaba. Como a Bill y a mí. Una joven checa de granja y un joven londinense, que nunca se habrían conocido, fueron lanzados uno al camino del otro. Y nos tendimos una mano, con la que nos agarramos y nos apretamos con fuerza.

Tendríamos que agradecerle al Capitán Zalamero por juntarnos. Siempre pensé en él como el Capitán Zalamero, porque había algo en su conducta, siempre ansioso por complacer, que me hacía detestarlo. Aunque era un oficial nazi, no se parecía en nada a las tropas de las SS que llegaban sin aviso para registrar la granja e interrogarnos sobre mi padre y Jan, mi hermano mayor.

De inmediato supimos que el Capitán Zalamero era diferente porque el primer día que apareció en la granja tocó a la puerta trasera antes de abrirla. Su silueta se mantuvo quieta en el marco; era regordete y estaba bien alimentado con productos de granja que habían sido «requisados».

Mi madre estaba cortando papas en el fregadero. Dejó caer una en el agua y se dio la vuelta, sosteniendo el cuchillo con la mano derecha.

De un vistazo, el capitán cubrió la cocina entera: el cuchillo, mi madre con su delantal, a mí con los libros regados por toda la mesa y a Marek jugando en el suelo.